

Semblanza de Carmen Ros



Carmen me recibe en su piso de Burlada. Habíamos quedado para charlar un rato y me espera con café recién hecho y bollos. En casa están ella y Javier, su marido, que ya está preparado para marcharse a la calle, a la Feria del Libro Antiguo, dice. Y seguro que vuelve con algún nuevo ejemplar, porque en esta casa los libros (de literatura, fotografía, historia) forman parte del paisaje y ocupan con toda naturalidad las paredes de las dos habitaciones que alcanza mi vista. Antes de irse se ofrece a hacernos unas fotos, pero no le dejamos; creo que a ninguna de las dos nos gusta posar para una cámara. Quedan en llamarse para reunirse luego en la librería *El Parnasillo*, que es una de sus visitas obligadas en el paseo de todas las mañanas.

Carmen es una mujer grande, de voz potente, que inspira —no que impone, sino que inspira— respeto, como lo inspiran sus más de 30 años de dedicación a una profesión: bibliotecaria infantil.

75

Y a pesar de que afirma que es “anárquica”, no debe de serlo tanto pues tiene preparado todo un dossier con algunos datos de su vida personal y profesional y con los hitos más relevantes de la Biblioteca Infantil de Burlada, desde que se abrió en 1977.

Hay en él tanta información interesante que, al leerlo después, me doy cuenta de que hubiésemos podido estar conversando muchas más de las dos horas que de hecho estuvimos. Lo cierto es que pasaron deprisa, ella contándome muchas cosas y yo casi sólo escuchando, porque... ¡qué vas a decir cuando quien habla es una maestra en su oficio!

Con mi primera pregunta, acerca de cómo llegó a ser bibliotecaria, Carmen comienza a recordar y relatar sus comienzos como estudiante de ¡farmacia! en Barcelona, siguiendo un poco la estela familiar (*“Mis hermanas habían estudiado farmacia y los que somos así, un poco mansos, hacemos lo que nos dicen; ‘tú, ¿qué harás, farmacia también?’ Sí, sí”*). Y me cuenta que a pesar de que le gustan mucho las matemáticas y la química, no así la física, que se le atravesó en el primer curso. También se atravesó una —feliz, en este caso— circunstancia personal, y es que *“En aquel tiempo había ido a Barcelona el que hoy es mi marido, que entonces era mi novio, a hacer un curso de podología... para estar con la novia, vamos. Entonces,*

* Entrevista realizada por Clara Flamarique Goñi, bibliotecaria en la Biblioteca Pública de Barañáin

estábamos yo en el piso con mi hermano, él en una pensión, y de aquí para allá, ji, ji, ja, ja, llegó septiembre y tenía que repetir (tendría dos asignaturas) y pensé: esto no sé si a mí me convence. Tú sabes, cinco años de carrera y luego busca la forma de trabajar... se me hacía un poco duro. Y en ese ínterin, con las amigas que tenía me enteré de que había una escuela de bibliotecarias. Como íbamos a la biblioteca y conocíamos el tema de la Central de Barcelona, me dije, pues mira que también trabajar entre libros tiene que ser una gozada, porque me gustaba mucho leer. Entonces me enteré de que eran tres años. ¿Tres años? Pues estupendo, eso es lo que quiero yo, tres años y me caso. Con que me fui a estudiar la carrera en aquel momento de bibliotecaria; me casé, un año antes de terminar, en el verano, y para tener el niño me aceleraron la reválida del curso”.

Ya antes de terminar la carrera estuvo trabajando en el Diario de Barcelona (El Brusi) como documentalista y en la Asociación de Libreros y Encuadernadores, cuya “*vetusta biblioteca, en una habitación con una cristalera grande*” organizó, manualmente, según una edición abreviada de la Clasificació Decimal en catalán.

Después, casados y con dos hijos (de los siete que tendría), se vinieron a vivir a Burlada. Carmen se trajo además una carta de presentación del Director de la Escuela de Bibliotecarias de la Diputación de Barcelona, con la que se presentó animosa en la Universidad de Navarra:

76

“Fui allí con la carta de presentación pensando que iba a ser tan sencillo como que ¡ah, pues muy bien, muy bien! Entonces tampoco había tanto agobio, eran trabajos un poco curiosos... Y me dicen, sí, pero podría trabajar de auxiliar... Y piensas, bueno, al fin y al cabo que hagas un trabajo o hagas otro, lo aceptas porque quieres trabajar; pero claro, a la hora de hablar de dinero era un sueldo mínimo y le dije yo: es que con esto no me llega ni siquiera para el transporte —hasta la Universidad, yo vivo en la otra punta—... y dice, ya pero es que nosotras somos de la Obra. Y digo, ya pero es que yo no. Claro, es que nosotros trabajamos para la Obra. Y yo le dije, si fuera esa mi motivación, sí, pero no lo es, mi motivación es desarrollar mi trabajo y no gravar a la familia, que bastantes apuros pasábamos con el piso que teníamos aquí, que pagábamos más de la mitad del sueldo de Javier...”. No pudo ser, y Carmen se quedó en casa cuidando a los niños.

Entonces me cuenta algo que también me sorprende. Su marido trabajaba en Potasas, donde coincidió y estableció una muy buena relación con Rafael Gurrea (el mismo que más tarde sería Presidente del Parlamento de Navarra). Éste, maestro, había estudiado en Barcelona y conocía muy bien las bibliotecas populares e infantiles de aquella ciudad. Carmen dice de él que “*era una persona muy dialogante y muy agradable*”. Se presentó a alcalde de Burlada y salió elegido. En Burlada vivían por aquella época muchos de los trabajadores de Potasas, de muy distintas procedencias, con sus familias (“*entonces había montones de niños, las familias no tenían un gran nivel...*”) y el alcalde pensó que había que hacer algo para aglutinar y dar un poco de vida al pueblo. “*Y pensó en poner una biblioteca infantil como las que había en Cataluña. Porque la biblioteca que había, de la Diputación entonces, estaba ahí como un poco arrinconada, no funcionaba*”. Porque en Burlada ya había biblioteca. Estaba “*en el propio Ayuntamiento viejo, donde el salón de plenos, e igual la llevaba la señora del secretario que la administrativa y entonces tenía muy poco éxito*”. Así que el alcalde decidió que iban a

hacer una, *“pero una infantil e independiente, municipal, del Ayuntamiento de Burlada”*. Y como sabía que Carmen había estudiado en la Escuela de Bibliotecarias, propuso al Pleno que se le contratase para llevarla: *“En aquel momento no se hacían las oposiciones tan regladas como se hace ahora; entonces hizo un propuesta al pleno del Ayuntamiento, se debatió, alguno dijo que por qué; pues es que tiene la titulación, y si es titulada, mejor que la lleve ella que la lleve cualquier otro. Y dijeron que sí, lo aprobaron por unanimidad y así empecé yo. En septiembre empecé a organizar los fondos y abrimos en diciembre. Ese fue mi acceso a la biblioteca de Burlada”*.

Corría el año 1977. Empezaron con los fondos que había comprado el propio Gurrea *“Habían comprado ya los fondos, algunas cosas yo creo que él mismo, de editoriales que conocía o consultando sus fuentes. Había traído ya muchas cosas de algunas editoriales, como Novaro, unas editoriales argentinas. Por ejemplo todas las novelas de Tarzán, de Estefanía, en rústica, que empezaban nuevas y acababan fatal. Eran cómics, de Tarzán, de Batman, alguna enciclopedia, lo básico, lo mínimo, y luego nos pasaron cosas de la de adultos, que tenía cosas infantiles, vidas de santos, cosas tremendas, que están en la biblioteca, que quise formar un fondo histórico, pero al final se ha quedado ahí todo apalancado, pero bueno, si alguien se anima y lo quiere seguir, pues allí está. Unos libros muy particulares, por ejemplo, de Martín Vigil (“En la cumbre te espero”, “Serás lo que tú quieras...”) y ese fue el fondo que organicé y a partir de ahí empezamos”*.

Después ya era ella quien compraba los fondos, aunque de forma un tanto precaria. No había presupuestos. Por no haber, no había ni contrato. Según me cuenta, en un primer momento le pagaban a final de mes en función de las horas que decía que había trabajado. Sólo al cabo de dos años empezaron a hacerle contratos. Pero como la biblioteca estaba en un centro escolar, la contrataban para los nueve meses del curso, y no para los de verano: *“Pero claro, yo enseguida, el primer año, empecé a protestar y a hacer escritos diciendo: por favor, en verano, el tiempo mejor para estudiar, para leer, cómo se puede cerrar la biblioteca; y rápidamente ellos atendían la sugerencia y daban permiso para que se abriera ciertos días, que yo proponía. Se puede abrir cinco días al mes; hacía un calendario de julio, agosto y septiembre y lo aprobaban. Esos días abría, venían los críos, cambiaban los libros... en ese plan un poco precario”*. Tras consultar con abogados, al cabo de cinco o seis años consiguió que dejaran de considerarla “temporera”: *“Luego ya me hicieron contrato, pero me mandaban de una empresa a otra, del Ayuntamiento al Patronato, luego a algo de Cultura... todo el día haciendo papelitos. Ya con esto se iba resintiendo un poco la cotización, pero al final no me ha quedado mal la cosa...”*.

77

Y es que Carmen es una mujer positiva. Si le comento que me da la sensación de que siempre ha estado bregando con unos y con otros, me dice que sí, que así fue desde el principio, pero que no le ha ido mal, porque *“a la larga, siempre me han dicho que sí. Nunca me han dicho no, o ... ¡pero usted qué se ha creído! Todo lo que hemos pedido se ha concedido, más tarde o más temprano”*.

E imaginativa. Otra de sus batallas fue por que le dejasen prestar los libros de la biblioteca: *“Exacto. Al principio la idea era que no se podían sacar los libros porque se deterioraban, se*

deterioraban mucho si se llevaban a casa, luego no iban a devolverlos... esos lobos que siempre ha habido, que ciertamente siempre hay alguno que no vuelve, es la verdad, pero claro, en un porcentaje mínimo. Y entonces yo decía: pero ¡cómo es posible! Aquí en la biblioteca había una sala muy grande, de dos aulas, que estaba muy bien pero claro, unas horas a la tarde no daban para leer una novela o un cuento continuo; era para hojear o mirar cosas. Por eso también introduje los cómics, para tener en la biblioteca lecturas diáfanas, ligeras, y luego ya que se llevaran a casa lo otro. Y como no me dejaban, pensé en hacer la prueba con libros de mi casa. Como a los chicos, a los mayores, les habíamos mimado mucho con el tema de la lectura, teníamos muchos de La Galera, los Grumetes, todas aquellas colecciones catalanas, de Noguer..., las tenían no completas, pero montones de libros que iban leyendo ellos. Y dije yo, ¡esta es la mía! Cogí todos y me los llevé a la biblioteca. Lo que hicimos fue hacer el préstamo y en tres meses hice una estadística de cómo había ido la cosa y presenté un escrito diciendo: no se pierde ninguno, vuelven todos. Lo que pasa que al principio era ¡pagando! Se pagaban cinco pesetas y entonces me parecía aquello un poco fuerte. Era para reponerlos si se perdían, para mantener el fondo bien, pero había gente que no estaba por la labor, y entonces se me ocurrió poner los préstamos gratis; hice un fondo en un lado de la biblioteca, junto a la puerta, ¡libros gratis para llevar a casa! ¡no se pagan! Eran libros de Selma Lagerlöf, de Astrid Lindgren, de Destino, lecturas muy buenas. Fui seleccionando los que tenían igual un poco más de texto pero que no estaban tan vistosos ni tan atractivos. Estos esta semana, la semana siguiente los cambiaba por otros y así iba moviendo el fondo, lo que no salía tanto. Y así estuvimos un año. Les convencí de que aquello no podía ser y quitamos el pago, que además era un lío, yo tenía que andar haciendo cuentas...".

78

Me habla de otras muchas cosas, por ejemplo de que hasta la apertura de la biblioteca infantil era en la de adultos donde se prestaban, a los padres, las novelas para sus hijos, porque estos no podían recibir préstamo hasta determinada edad. Y de una época (1984) en que mientras el Patronato redactó y repartió por Burlada un escrito animando a la gente a que leyerá y utilizara los recursos de la biblioteca pública que por aquel entonces no era muy visitada, en la biblioteca infantil se formaban colas en la puerta, que se abría y cerraba con llave, *"salían dos, entraban dos, así, en este plan, colas larguísimas..."*. De cómo, en esa primera etapa, en el primer local, hasta el 95, entraban solamente los pequeños, o sea, los lectores hasta 14 años. De la evolución de la biblioteca infantil en otros aspectos: pasó de no tener presupuestos asignados a tener determinadas partidas fijas para la compra de material y para realizar actividades; cambió de local y se trasladó, en 1997, junto con la de adultos, a los locales que ocupan ahora en la plaza Ezkabazabal.

Le pregunto a Carmen qué es lo que más y lo que menos le ha gustado de trabajar con niños todos estos años. Y lo que más le ha gustado ha sido precisamente eso, el trabajar directamente con ellos. También en ese aspecto ha percibido un cambio. Al principio trabajaba con unas fichas, unos tarjetones con el nombre del niño o la niña, la fecha en la que se llevaba el libro, cuándo lo devolvían, si les había gustado o no, si mucho o poco... *"era muy agradable, porque los críos te contaban, este no te ha gustado, ¿por qué?, y comentabas sobre los libros, comentabas hasta de su vida privada, que si iban a tener un hermanito, que si se iban a marchar de vacaciones a Sevilla con sus abuelos; igual se dejaban los libros en Granada y tenía-*

mos que esperar un trimestre a que volvieran a pasar por allá; no sé, una relación muy directa, muy cercana, mucho”). Me cuenta que a la hora de planificar el traslado al nuevo local, ella insistía mucho en que quería un mostrador bajo (“yo les decía siempre, por favor, el mostrador bajo, no quería mesa como tenía hasta entonces, una mesa de despacho, que era pequeña. Un mostrador, pero que sea bajito, que yo tengo todo niños pequeños. Y decían sí, sí, sí. Reuníos con los arquitectos, que van a escuchar las sugerencias de los profesionales. Nos reunimos Inmaculada y yo con los arquitectos, les dijimos todas las sugerencias, yo quería en los baños un grifito bajo, tipo pileta de la calle, para que pudieran beber agua los niños, que están siempre bebiendo agua, pues no. Y esto del mostrador fue... ni caso. Cuando llego allá y veo aquello, pensé que no les iba a ver ni el flequillo, y efectivamente”). A la barrera física se le unió otra, el ordenador: “Sí, hablas con ellos un poco si eres así. Si te gusta la relación, sigues teniéndola, pero ya no es lo mismo”. Y otra más, la cantidad de gente que acude: “Ahora vienen los niños, los padres, los hermanos pequeños, los hermanos mayores, aquello es una sala de reunión, más gente, más alboroto, más de todo, ya no puedes dedicar tanto tiempo a la relación con los lectores”.

Carmen es una auténtica experta en relacionarse con los niños a través de los libros. Sus actividades de animación (“Y si hablamos de animación, me gusta todo”, puntualiza) han sido muchas y muy distintas, todas imaginativas, y muchas de ellas pioneras. La mini-maratón de la biblioteca infantil, concursos, juegos, talleres, exposiciones, formación de ayudantes de la biblioteca...

Algo que lleva mucho tiempo y mucho trabajo. Y que implica hacer compatibles tus ideas, tus proyectos, con la dinámica y las exigencias de la Administración (planificar actividades al comenzar el año, elaborar objetivos), de las otras instituciones, el ayuntamiento, con las programaciones de los colegios (“La relación con los colegios siempre me ha parecido muy importante... Siempre, puntualmente, cuando a mí me interesaba alguna cosa, ofertaba algún concurso, alguna actividad a los centros, llamaba, iba a ver a las monjitas, los colegios han estado aquí desde siempre, uno, dos, tres, cuatro, cinco, pero ¡qué es esto!, pero es imprescindible, es imprescindible hacer reuniones y planificar un poco junto con ellos, coordinarse, porque la materia son los niños y los libros... Y siempre que llegaba me encontraba con que ¡Ay! Es que ya tenemos el calendario...”), incluso con la rutina de la biblioteca: “Lo que pasa es que en los sitios donde se trabaja a ese ritmo, no queda mucho tiempo para hacer otras cosas, y además encima se te ocurre hacer animación, no sé por qué, porque lo llevo dentro o lo que sea, porque en realidad dices, pues no haber hecho animación... Y entonces son tantas horas para preparar las cosas, para controlar los concursos, poner, este gana, este no, copiar, hacer un montón de tareas, y eso más relaciónate con el ayuntamiento, manda,... Horrible, a mí eso me superaba un poco. Cuando hay dos o tres personas, que es un poco lo que pasa ahora, una se ocupa de esto, otra de lo otro, diversificas un poco las tareas, pero en aquel momento, en aquellos años era mucho”.

Treinta años en la Biblioteca Infantil de Burlada es tiempo suficiente para que los que de pequeños fueron usuarios y lectores vuelvan ahora como padres y madres que quieren transmitir a sus hijos su gusto por los libros. La relación con ellos debe de ser muy especial, le digo.

Así es. Al jubilarse Carmen, varios de ellos recogieron firmas (en tiendas, colectivos...) para hacerle un pequeño homenaje. Y además utilizan también la biblioteca de adultos. Y me cuenta alguna anécdota, como la de una madre que al ver en el carro, retirados por viejos, unos libros de los Hollister, los cogió para llevárselos y volverlos a leer. Porque, como dice Carmen, *"todos recordamos siempre con mucha ilusión las cosas de la infancia, eso es así, pero en el caso de la biblioteca, pues claro, además permite la transmisión"*.

Y nos da una idea, comento yo, de lo importante que es una biblioteca infantil. Su respuesta es tajante: *"Indudablemente"*. Por eso estamos de acuerdo en que es tan importante el espacio que se dedica a la biblioteca infantil, en que no nos gusta la idea de poner una sala infantil dentro de una biblioteca, porque *"una sala sola es como decirles, ¡hala! estaos ahí quietos leyendo, como cuando vas a una conferencia o a una oficina y dices, tú quédate ahí quieto que voy a hablar con la señora. Pero hay que darles mucho más, hay que darles una relación con los libros diferente"*. Y alguien que esté ahí, añado, dinamizando. *"Exacto, alguien con una continuidad. A mí, por ejemplo, eso de las rotaciones a las salas infantiles tampoco me parece lógico, porque para eso te tiene que gustar. Bueno, vamos a pasar porque en la vida no a todo el mundo le va a tocar hacer lo que le gusta; pero por lo menos tienes que dominar el tema, tienes que haberlo interiorizado, aunque no sea tu afición; a lo mejor estarías mejor haciendo catalogación, pero si ya sabes que ese es tu trabajo y lo vas haciendo con continuidad, pues ya sabes, ya tienes una historia y un porvenir; pero claro, que cada dos por tres haya cambios hace que se resienta muchísimo el trabajo"*.

80

Seguimos hablando del asunto, de lo especial que es el libro infantil, de la espectacular evolución del álbum ilustrado y de los libros de conocimientos, de la importancia de conocer autores, ilustradores, editoriales; de que, ahora que participa no solo el niño, sino toda la familia y la escuela en el proceso de la lectura, *"la dinamización ya no se dirige solamente a los niños, sino a los niños, a los padres y a los centros"*.

Y así, hablando, han pasado dos horas. Suena el móvil, es la hora de que Carmen vaya a reunirse con Javier en El Parnasillo. Pero antes de apagar la grabadora me dice: *"Para final, que lo mejor que he hecho ha sido trabajar en la biblioteca; me ha gustado mucho y he vivido unos años estupendos. A cualquiera se lo recomendaría"*.

La verdad es que se le nota. Gracias, Carmen. Un placer.